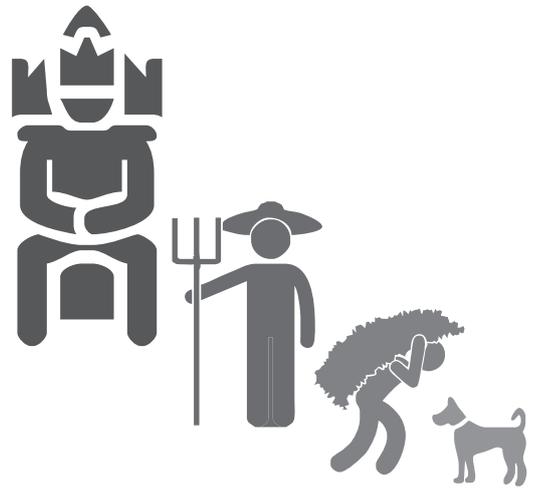




Rey, campesino, sirviente

un cuento de Navidad para adultos



Hace dos mil años, en las cercanías de Belén, vivían un rey, un campesino y un siervo. Cuando el rey recorría las calles en su caballo, el campesino se arrodillaba ante él y besaba el borde de su manto. Cuando el campesino atravesaba los campos en su asno, el siervo se inclinaba y se quitaba el sombrero de la cabeza. Pero si el siervo se encontraba con alguien, nadie le saludaba. Sólo un pequeño perro callejero se aferró a él un día y ya no lo dejó.

Cuando el rey estaba de mal humor, metía al campesino en la cárcel durante un día. Si el campesino había bebido demasiado, llamaba al criado y le obligaba a cortar leña en vacaciones. Si el criado estaba descontento, silbaba al perrito callejero y le pegaba con un palo. Así, el campesino tenía miedo del rey, el criado del campesino y el perro del criado.

Pero el rey también tenía miedo. Tenía miedo de la muerte.

La vida estaba dividida en estrictas clases sociales. Así, el rey prohibía a sus hijos jugar con los hijos del campesino. El campesino, a su vez, prohibía a sus hijos jugar con los hijos del criado. Y el criado prohibía a sus hijos jugar con el perrito sin amo. Sin embargo, los hijos del rey, los hijos del campesino y los hijos del criado no tenían miedo a la muerte, ni del rey, ni del campesino, ni del criado. Tenían miedo del castigo. Los niños estaban tristes, porque no podían distinguir entre el hijo de un rey, el hijo de un campesino y el hijo de un siervo.

Pero un día se vio una estrella brillante en el cielo de Belén. En un establo en medio del campo nació Cristo. El rey se enteró por los Reyes Magos, el campesino por los pastores y el criado por un pastorcillo. Los tres Reyes Magos, los pastores y el pastorcillo contaron sus encuentros con el niño como si hubieran recibido un gran regalo de él. Sin conocerse entre sí, el rey, el campesino y el criado se pusieron a buscar al niño. Cuando se encontraron fuera del establo, en medio del campo, se avergonzaron. Pero María, que había dado a luz al niño, les sonrió y les pidió que se acercaran. Y cuando vieron al niño en el pesebre, les invadió de repente una gran alegría. E hicieron lo mismo que los Reyes Magos, los pastores y el pastorcillo. Se arrodillaron y lo adoraron.

"Quítame el miedo a la muerte", suplicó el rey.

"Quítame el miedo al rey", suplicó el campesino.

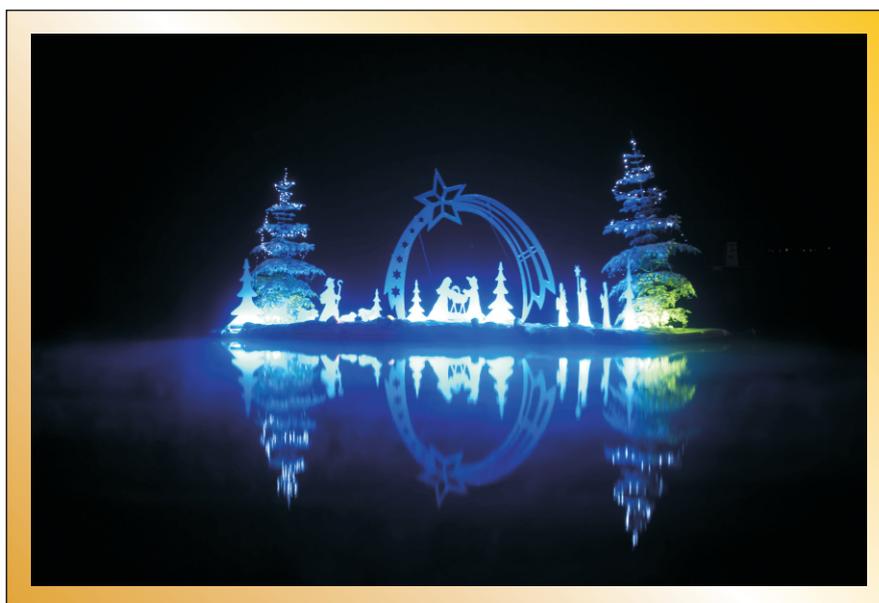
"Quítame el miedo al agricultor", suplicó el siervo.

Entonces el niño se puso a llorar porque reconoció que un día moriría en la cruz por el rey, el campesino y el siervo.

Por la mañana temprano los tres hombres volvieron juntos a casa, el rey en su castillo, el campesino en su granja y el siervo en su cabaña. Después de este acontecimiento, uno sabía del miedo del otro, pero la fe en el niño, que creció en el momento en que lo vieron, les dio la fuerza para superarlo.

Y ya al día siguiente, los hijos del rey, los hijos del campesino y los hijos del criado jugaron juntos con el perrito callejero. También él ya no tenía que tener miedo, porque Cristo le había regalado su sonrisa como representante de todos los seres vivos.

Cuánto más pacífico y habitable podría ser nuestro mundo si mostráramos más respeto, atención, paciencia y amor entre nosotros.



¡Feliz Navidad!